

# Nuevas perspectivas en el análisis de las inscripciones tartesias

[New perspectives in the analysis of Tartessian inscriptions]

Jesús Rodríguez Ramos  
Dr. en Historia Antigua

## *Resumen*

En este artículo se profundiza en el análisis interno de las inscripciones tartesias, con atención a las variaciones regionales, y en lo que nos puede decir y de qué manera de su contenido. Dado que el estado de la cuestión actual parece haber conducido a un punto muerto, se revisan las propuestas previas para mostrar en qué casos las nuevas inscripciones las alteran o qué alternativas merecen consideración y a qué indicios hay que prestar atención. Se revisan en mayor profundidad las siguientes secciones: la serie inicial de antropónimos, de la que se excluye su presunto sufijo *ea* y se plantea la eventualidad de que *ir* sea una marca de caso; así como sendas secciones formulars con núcleo *bare* y *naʀken*. De esta última se discute su habitual consideración como verbo, así como que la evidencia apoya un límite de palabra tras *naʀken*.

## *Palabras clave*

Lenguas Paleohispánicas, Inscripciones tartesias, Lengua tartesia, Tarteso / Tartessos, Estelas Funerarias de la Primera Edad del Hierro

## *Abstract*

This article pursues further study of the internal analysis of Tartessian inscriptions, with particular attention to regional variations, and what it can tell us and in what way about their content. Since the current state of the art seems to have led to a deadlock, previous proposals are reviewed to show to what degree new inscriptions challenge them, what alternatives merit consideration, and which are the clues to pay attention to. The following sections are reviewed in greater depth: the initial anthroponymic series, from which it is excluded its presumed suffix *ea* and it is suggested that *ir* may be a case marking suffix; as well as the two formular sections, those with the nuclei *bare* and *naʀken*. Of the latter, it is disputed its usual classification as a verb, and showed that the evidence supports a word boundary after *naʀken*.

## *Keywords*

Paleo-Hispanic Languages, Tartessian inscriptions, Tartessian language, Tartessos, Early Iron Age Funerary Steles.

### Planteamiento

El estudio de las inscripciones tartesias en los últimos años presenta síntomas, no sólo de estancamiento, sino de un cierto retroceso<sup>1</sup>. Este impasse tiene que ver en buena parte con la escasa documentación y productividad que han acabado teniendo algunos planteamientos previos, incluyendo algunos que en su momento parecían prometedores.

Lo que aquí proponemos para superar esta situación es una revisión del análisis interno de las inscripciones, con especial atención a la correlación de los elementos, pero también a aspectos de distribución geográfica; así como una identificación de los datos novedosos de las últimas inscripciones aparecidas. La idea de este replanteamiento consiste en examinar qué alternativas interpretativas son preferibles a las que se han venido considerando y cuáles son al menos igual de verosímiles, de modo que puedan abrirse nuevos caminos. Esto afecta principalmente a los presuntos sufijos onomásticos y a la evaluación de *naŕke*.

El sistema de lectura que seguiremos es el propuesto por Rodríguez Ramos<sup>2</sup>, secundado por Ferrer<sup>3</sup> en sus diferencias principales. Respecto a los códigos de las inscripciones conviene una aclaración. Naturalmente se utiliza el de los MLH<sup>4</sup> cuando la inscripción fue publicada en ellos. Cuando no, he tenido que optar por indicarlos por siglas, de las que doy aquí su desarrollo y su referencia en las crónicas de Correa: CF Corte do Freixo<sup>5</sup>; CP Corte Pinheiro<sup>6</sup>; MC Mesas do

---

<sup>1</sup> Principalmente la excesiva atención a lo que podríamos llamar celto-tartesismo: intentos de forzar una traducción celta, donde no son los datos los que llevan a las conclusiones, sino que estos se subordinan a la conclusión predeterminada; una revisión crítica en Jesús Rodríguez Ramos, «Entre tartesios y bastetanos. Cuestiones de la epigrafía paleohispánica del sur de España», *REAL* 3 (2022), pp. 105-111. Centrar el debate sobre algo con tantas deficiencias es una completa pérdida de tiempo. Sería interesante que el próximo intento de interpretación indoeuropea ampliase su «marco mental» olvidándose de los celtas. A lo mejor, para variar, resulta que tiene éxito. Como se ha indicado (Jesús Rodríguez Ramos, «Las inscripciones sudlusoitano-tartesias: su función, lengua y contexto socioeconómico», *Complutum* 13 (2002), p. 91 y «Entre tartesios», p. 105) la distribución vocálica de las inscripciones hace improbable que se trate de una lengua indoeuropea occidental conocida, pero no descarta toda la familia. También ha habido intentos de explicación indoeuropea (pero no celta) de diversos topónimos; p. ej. Francisco Villar, «Los nombres de Tartesos», *Habis* 26 (1995).

<sup>2</sup> Jesús Rodríguez Ramos, «La lectura de las inscripciones sudlusoitano-tartesias», *Faventia* 22.1 (2000) y «De nuevo sobre la lectura de la escritura monumental tartesia o sudlusoitana», *Veleia* 32 (2015).

<sup>3</sup> Joan Ferrer i Jané, «Una aproximació quantitativa a l'anàlisi de l'escriptura del sud-oest», *Palaeohispanica* 16 (2016).

<sup>4</sup> Jürgen Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften* (Wiesbaden: L. Reichert, 1997).

<sup>5</sup> José Antonio Correa Rodríguez, «Crónica epigráfica del sudoeste», *PalHisp* 4 (2004), n.º 2.

<sup>6</sup> José Antonio Correa Rodríguez, «Crónica epigráfica del sudoeste V», *PalHisp* 16

Castelinho<sup>7</sup>; MG Mte. Gordo<sup>8</sup>; MH Majada Honda<sup>9</sup>; MNC (Mte Novo do Castelinho<sup>10</sup>; SM S. Martinho<sup>11</sup>; VdA Vale do Águia<sup>12</sup>.

Esta decisión es debida a que, aunque Luján<sup>13</sup> indica que se pueden consultar las inscripciones en el banco de datos Hesperia (<http://hesperia.ucm.es/>) e incluso hacer búsquedas, seguramente no ha comprobado que todavía en 2022 la zona J sigue sin ser accesible al público. Por eso el uso de los códigos Hesperia no es informativo para el lector sin acceso privilegiado y no sería lógico reincidir en la misma deficiencia que durante años ha sucedido con los códigos Hesperia de las inscripciones íberas (y hoy en día todavía con las de la zona H).

### 1. Consideraciones previas

La escritura comúnmente denominada tartesia presenta una serie de dificultades para el análisis de la lengua a la que sirve de soporte de las que conviene ser consciente. El problema no radica tanto en el estado de desciframiento, no perfecto, pero en un nivel muy aceptable gracias a los esfuerzos de Schmoll<sup>14</sup> y Correa<sup>15</sup>. El problema es el sistema de escritura en sí, del que, por no saber, no sabemos con seguridad (aunque sí tenemos motivos para creer) si realmente era tosco y poco adaptado a su realidad fonética o si nos da una visión razonablemente fiel de su lengua.

Debe entenderse que en una primera fase nos movemos en el ámbito de la transcripción, cuya relación con la pronunciación real es aproximada y para cuya interpretación más allá apenas tenemos datos. Por ello, provisionalmente hemos de aceptar la grafía como un reflejo fonológico, salvo cuando tengamos un motivo concreto para sugerir una «interpretación».

El problema mayor es el de la segmentación, donde no sólo es que casi nunca haya separación de palabras, sino que hay dos problemas adicionales. El primero, que el aislar segmentos por su repetición no nos asegura que sean palabras; podríamos tener elementos que aparecen siempre juntos por la repetición

---

(2016), n.º 4.

<sup>7</sup> Correa, «Crónica» 2016, n.º 3.

<sup>8</sup> Correa, «Crónica» 2016, n.º 6.

<sup>9</sup> José Antonio Correa Rodríguez, «Crónica epigráfica del sudoeste IV», *PalHisp* 8 (2008).

<sup>10</sup> José Antonio Correa Rodríguez, «Crónica epigráfica del sudoeste», *PalHisp* 2 (2002), p. 409.

<sup>11</sup> Correa, «Crónica» 2004, n.º 1.

<sup>12</sup> Correa, «Crónica» 2016, n.º 1.

<sup>13</sup> Eugenio R. Luján, «La lengua de las inscripciones del sudoeste: estado de la cuestión», *Palhis* 21 (2021), p. 192.

<sup>14</sup> Ulrich Schmoll, *Die sudlusitanischen Inschriften* (Wiesbaden: Harrassowitz, 1961).

<sup>15</sup> Mejorando y recuperando, tras casi 20 años, el injustamente relegado trabajo de Schmoll, que es el primero que merece ser tomado en serio. Entre sus numerosos artículos interesantes quizás pueda destacarse José Antonio Correa Rodríguez, «El signario tartesio», *Veleia* 2-3 (1985-86).

del significado en la estela. El segundo es que podríamos hasta dudar de si un mismo signo transcrito no oculta la repetición de uno en final de palabra y otro en inicio (así, p. ej. en *bare* podría estar *ba are*, o en *nařkenti*, *nařke enti* o *na ařkenti*)<sup>16</sup>. La cuestión es que tenemos más datos para afirmar límites de palabra que para negarlos y que esta disimetría distorsiona nuestro conocimiento.

En principio, no queda otro remedio, debemos confiar en este análisis interno primario, pero siendo conscientes de sus límites e intentando evitar preferencias subjetivas. Éstas son en gran medida inevitables, puesto que el análisis sobre algo desconocido es como un test de Rorschach (en nuestro caso normalmente proyectando pautas indoeuropeas). Por eso es necesario pararse de vez en cuando y plantearse si para tal o cual decisión / opción disponemos realmente de una argumentación objetiva sensiblemente mejor que para las alternativas o en qué medida. No es algo fácil ni algo que pueda conseguirse por completo. Simplemente es algo necesario.

Una limitación fundamental es que, a diferencia de otras epigrafías, aquí carecemos de testimonios externos directos, sea textos de la lengua en escritura alfabética, sea de antropónimos indígenas contrastables en otras epigrafías.<sup>17</sup>

Correa<sup>18</sup>, con su lógica y minuciosidad habitual, ha recurrido al único recurso externo disponible: las transcripciones de época romana de topónimos de la zona turdetana y de los asimilables por sus elementos típicos. Los aportes más destacables de este estudio son la clara presencia de M; la existencia de aspiración H<sup>19</sup>, la presencia de grupos de oclusiva más líquidas, los casos de geminación y la presencia de P con los problemas que conlleva para la teoría celta.

Pero aquí también es una seguridad relativa. ¿Es lo turdetano realmente la misma lengua que la de las estelas? De serlo, ¿cuánto habría cambiado hasta el siglo II a.C.? Ello por no entrar a valorar los problemas de adaptación, normalmente latina, y la posible presencia de elementos intrusos no turdetanos. Es muy complejo.

El tema de la interpretación de la transcripción tartesia ha sido recientemente revisado por Wodtko<sup>20</sup>, aunque limitándose a unos aspectos concretos y tomando como enfoque principal el plantear qué aspecto podría tener el tartesio original si aplicásemos las soluciones gráficas usadas en el semi-silabario celtibérico para grupos consonánticos (como *kolo* por ‘clo’, *ter* o incluso *te* por

<sup>16</sup> Tampoco podemos descartar que hubiera finales de palabra en oclusiva.

<sup>17</sup> Para leer el íbero fue crucial tanto el testimonio íbero en escritura griega (en especial el plomo de Alcoy), como el conocer múltiples antropónimos íberos en el bronce latino de Ascoli.

<sup>18</sup> José Antonio Correa Rodríguez, «Identidad, cultura y territorio en la Andalucía prerromana a través de la lengua y la epigrafía», en Fernando Wulff & Manuel Álvarez (coord), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana* (Málaga: Universidad de Sevilla / Universidad de Málaga, 2009), pp. 287-289.

<sup>19</sup> Poco documentada en topónimos, sí que hay grafías con H e incluso GH en antropónimos turdetanos, véase: Correa, «Identidad, cultura», p. 288.

<sup>20</sup> Dagmar S. Wodtko, «Spelling tartessian», *PalHispania* 21 (2021).

'tre'). Quizás hubiese convenido ampliar la comparación a otros modelos similares mejor conocidos como la escritura micénica o la grecochipriota.

Desde mi punto de vista esta perspectiva «interpretativa» es interesante pero algo prematura, puesto que en la actualidad sólo puede adoptarse arbitraria y objetivamente (con la escasa documentación actual) le falta algún indicio esperable como sería un exceso de secuencias silábicas homo-vocálicas. Sí que podría haberse cotejado con el estudio de Correa<sup>21</sup> sobre cuáles son los grupos consonánticos documentados en la onomástica turdetana.

Wodtko<sup>22</sup> señala con razón que de hecho no es tan claro que el tartesio sea un sistema silábico como el celtibérico, pues por la redundancia vocálica puede considerarse un alfabeto, pese a que suele transcribirse como un silabario. Esto es importante tanto porque la transcripción silábica puede ser engañosa y prejuiciante (*l-o-ko-o-bo-o-n-i-i-r* da una impresión distinta que *lokoboniir*), como porque pone de manifiesto que la escritura tartesia sí disponía de un recurso sencillo para notar grupos consonánticos: para transcribir 'klo' no es necesario escribir *k<sup>o</sup>-o-l-o*, sino que era factible escribir *k<sup>o</sup>-l-o* sin la vocal redundante. Si no hacerlo implica que no hay grupo consonántico o si se mantenía la vocal escrita por ortodoxia gráfica, es otra cuestión.

Precisamente este sistema (pero a la inversa, desde un semisilabario donde la excepción es la redundancia) se documenta en íbero meridional, una escritura muy próxima al tartesio, donde Correa<sup>23</sup> descubrió una escuela gráfica que reserva los signos *ti* y *ka* para notar la consonante sola y añade una vocal «redundante» para indicar cuándo no.

Otro aspecto interesante que trata Wodtko<sup>24</sup> es el de las posibles geminaciones consonánticas, indicando algunas notaciones gráficas con *nn* en las que aprecia indicios de límite de palabra entre ambas o incluso que en J.16.5 evitarla fuese la motivación de haber incluido un signo separador de palabra<sup>25</sup>. Como quiera que un párrafo de su discusión enlaza con otro de los temas que trataremos, me permito remarcarlo:

If the spelling *baar[e]n* before *naʀkee-* in J.20.1 reflects the spoken form, which is usually left unexpressed in writing, then it is possible that *baaren* rather than *baare* preceding *n-* is in fact much more frequent, and only suppressed by a spelling convention which avoids geminates. There are at least 9 examples for *baare* preceding *n*, usually before a form beginning with *naʀkee-*. However, clear evidence for a form *baare* without final *n* is found in other contexts, including

<sup>21</sup> Correa, «Identidad, cultura», p. 288-289.

<sup>22</sup> Wodtko, «Spelling», pp. 225-226.

<sup>23</sup> José Antonio Correa Rodríguez, «Ibérico: Cast(i)lo, Ibolc(a). Latín: Castvlo, Obvulco», *Habis* 14 (1983), pp. 107-113.

<sup>24</sup> Wodtko, «Spelling», pp. 223-224.

<sup>25</sup> También Correa (José Antonio Correa Rodríguez, «La epigrafía tartesia», en Ditere Hertel & Jürgen Untermann (eds), *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter* (Köln: Böhlau, 1992), § 5.1.8) indica que el que no se escriban consonantes geminadas no implica que no existiesen en la lengua.

at text end in J.7.10 (cf. § 2 above). The example in J.20.1 then could be an exceptional spelling of a sandhi form.<sup>26</sup>

En este punto es una pena que Wodtko no haya seguido con su comparación celtibérica, donde se documenta la no notación opcional de *n*<sup>27</sup> que en posición implosiva puede o no aparecer.

Respecto a la posible no notación de la geminación en tartesio Wodtko señala que la geminación no se nota en celtibérico. Con todo, debo decir que no sé si es muy esperable en tartesio, puesto que en fenicio (donde la geminación consonántica no sólo existe, sino que es morfológicamente relevante) no se nota, aparentemente por convención, puesto que hubiese sido muy fácil de hacer. Dado que la escritura tartesia se forma en el mundo cultural fenicio, debía de resultar muy natural no notar una eventual distinción de longitud consonántica.

Entrando ya en las cuestiones ortográficas no tratadas por Wodtko, tenemos el de las geminaciones de signos vocálicos (tipo *aa*, *ee*, *ii*, etc), cuyo uso por parte de algunos lapicidas parece tener una función concreta. Al respecto, Rodríguez Ramos<sup>28</sup> propone que la mayoría de los casos parecen obedecer a dos reglas: 1) se repetiría la vocal (al menos *a*, *i* y *u*) cuando esta va seguida de una *r* implosiva (tautosilábica) y no precedida por signo de oclusiva o de la vocal *o* o *u*; y 2) se repetiría la *i* en final de palabra cuando no va precedida de signo de oclusiva. Destacando Rodríguez Ramos<sup>29</sup> que el estudio de este fenómeno puede ser utilizado tanto para diferenciar las diversas escuelas epigráficas de las estelas, como para mejorar la identificación de límites de palabra<sup>30</sup> dentro del análisis interno.

Las restricciones de no usarse tras signo de oclusiva podrían tener un sentido fonético o simplemente delatar que el sistema es consciente de la redundancia vocálica y evitar una «triple» repetición. Es pronto para saberlo. Mientras que en la posición ante *r* implosiva es habitual una alteración vocálica, por lo que su singularidad podría estar fonéticamente motivada.

El tema ha sido retomado recientemente por Luján, quien confirma que

<sup>26</sup> Wodtko, «Spelling», p. 224.

<sup>27</sup> «Wie andere Orthographien im antiken Mittelmeerraum neigt auch die keltiberische dazu, Nasale Verschlusslauten nicht zu schreiben» (Untermann *MLH IV*, § 511). Con ejemplos como *sekotia* por *Segontia* y *steniotes* frente a *STENIONTE*. Naturalmente en micénico hay fenómenos similares.

<sup>28</sup> Jesús Rodríguez Ramos, «Sobre la geminación gráfica de signos vocálicos en la escritura sudlusitano-tartesio», *Veleia* 17 (2000), pp. 147-152.

<sup>29</sup> Rodríguez Ramos, «Sobre la geminación», p. 150.

<sup>30</sup> Se indica que en el futuro «merece investigarse la posibilidad de que se marquen algunas vocales en inicio de palabra mediante geminación, especialmente para el caso de *o*, y de la existencia de algún contexto ante *l* que favorezca la geminación» (Rodríguez Ramos, «Sobre la geminación», p. 152).

[...] no es un fenómeno caótico, sino que se presta a una sistematización lo que sí parece claro, desde luego, es que la repetición de signos vocálicos no parece debida al azar, sino que se puede contextualizar en relación con el entorno fonético en que se produce, lo cual apunta a que la utilización de la secuencia de dos vocales iguales responde a algún condicionante de la fonética o la fonología de esta lengua<sup>31</sup>.

Luján observa que la repetición de las vocales *e* e *i* se relaciona respectivamente siempre y casi siempre con seguir a *n*, mientras que *a*, *o* y *u* casi siempre ante «líquidas y vibrantes»<sup>32</sup>. En esto último aprecia que es un argumento útil para evaluar el signo *ṛ*, puesto que es el tercero de esta relación<sup>33</sup>.

Otro tema ortográfico es mucho más complejo: la aparente excesiva abundancia de *n* ante signos de *b<sup>v</sup>* y que en las inscripciones se pueda identificar la misma secuencia unas veces con la *n* pero otras sin ella. Fenómeno estudiado en Rodríguez Ramos<sup>34</sup> como una posible solución gráfica, no necesariamente la única, a la notación diferenciada del fonema /m/<sup>35</sup>.

Esta cuestión merece ulterior estudio conforme aparezcan nuevas inscripciones, en especial dado que uno de sus problemas es que el repertorio formular puede estar sobredimensionando los casos ante *b* frente a los de las otras oclusivas; lo que, de ser así (y debo recordar que afirmar la apódosis de la duda no es de por sí una postura metodológica más correcta) lo presentaría como un fenómeno más general. Por ejemplo, como una forma de marcar la sonoridad de las oclusivas (como en griego moderno) o por un fenómeno de caída de *n* implosiva (algo nada extraordinario).

Como hemos visto, subsisten muchas dudas y posibilidades interpretativas sobre las transcripciones, pero un primer análisis interno se ha de hacer desde los datos primarios «transcritos» y sus alternancias gráficas expresas. Corresponderá a una segunda fase el pasar de un análisis interno puro a uno interpretado (me temo que muy limitado hasta que tengamos muchas más inscripciones).

En el presente estudio priorizaremos la imagen que dan las inscripciones tartesias en análisis primario, pese a ser conscientes de que en algunos aspectos

---

<sup>31</sup> Luján, «La lengua», pp. 198 y 199.

<sup>32</sup> El problema con las diferenciaciones vocálicas es, naturalmente, que el escaso y repetitivo repertorio de datos podría distorsionar mucho la evidencia; pero sobre el papel apunta a que líquidas y vibrantes evitan a las vocales anteriores o, quizás, que influyen en hacerlas posteriores (algo relativamente normal en las líquidas de realización velar, pero las vibrantes suelen tender a abrir la vocal).

<sup>33</sup> Luján, «La lengua», pp. 198-199 y 201-202.

<sup>34</sup> Rodríguez Ramos, «De nuevo», pp. 143-146.

<sup>35</sup> Citando la conclusión «vemos que para las alternancias *nb* / *b* no hay una solución plenamente satisfactoria. Da la impresión de que se trata de un recurso fonético y que probablemente sea para indicar la nasal labial, pero en la fase actual de las investigaciones lo realmente importante es definir que el problema existe» (Rodríguez Ramos, «De nuevo», p. 146).

las transcripciones podrían interpretarse de forma no literal. Consecuentemente dejaremos aparcado el posible uso digráfico *nb* para centrarnos en su alternancia (notación con o sin *n*), que, como veremos, es un fenómeno real, independientemente de si existe o no el dígrafo.

## 2. El problema de *n* móvil

Uno de los primeros fenómenos que hay que considerar es el de las erratas; algo habitual en las inscripciones antiguas privadas. En algunos casos los errores son obvios, sea por secuencias inverosímiles o por tratarse de elementos bien conocidos, o encontramos inscripciones que aparecen muy mal escritas. Pero el problema real no radica en qué hacemos con estas irregularidades manifiestas (donde algún «error» podría delatar un fenómeno lingüístico<sup>36</sup>), sino en el grado de incerteza que nos da para otras inscripciones donde no es obvio que haya error alguno. Pero podría haberlo.

Con todo, cuando el fenómeno es analógicamente consistente, no se puede explicar como un simple error, sino que ha de haber una motivación. Eso pasa con las numerosas alternancias de segmentos que aparecen escritos con o sin *n*, fenómeno al que me referiré de forma abreviada como *n* móvil<sup>37</sup>.

1) *ea* / *ean*: *eanbara* (SM) frente al normal *ea bare*; *ean ba*[ (J.11.2) y quizás también en *botieanakerto* (J.18.1). A estos posiblemente hay que sumar los casos de *e* / *en*<sup>38</sup>: *e bare naʀken* (J.14.1) y *e b[are naʀ]kenii* (J.19.1) frente a *-enbare-naʀken*[ (J.27.1, lectura conjetural<sup>39</sup>) y *e[n] bar[e]n naʀken*[ (J.20.1).

2) *ero* / *eron*: *eronbarena* / *[r]ken-* (MG) frente al normal *ero bare naʀken-* y la conjetural: *earon baren naʀkenii* (J.11.4) frente al normal *ero bare naʀken-*.

3) *bare* / *bare*: *bar[e]n naʀken*[ (J.201), la conjetural *earon baren naʀkenii* (J.11.4) y quizás también *ebarentiiru* (J.23.1), aunque aquí puede plantearse una variante morfológica siguiendo el paralelo *naʀkenti*. Conviene observar que, aunque al aparecer casi siempre en la secuencia *barenaʀken-* en estos casos cabría plantearse si la *n* oculta la existencia de dos, sí que hay casos donde claramente no

<sup>36</sup> Eso afecta a los casos de presunta falta de redundancia vocálica: ¿un error como *p<sup>a</sup>re* por *pare* es más significativo que *nʀke* por *naʀke* o son ambos simples descuidos? Entre los «errores» de ese segmento tenemos *te b<sup>a</sup>ere naʀken* (J.7.8) donde tras el signo correcto *b<sup>a</sup>* en vez de *a* encontramos *e*; *-eab<sup>a</sup>re-* (J.52.1) y en CP, aunque ahí los errores prosiguen (*b<sup>a</sup>re-k<sup>e</sup>keni*); *nʀken* en MH y en J.11.1 (*ero-bae-nʀkenii*) donde además falta la *r* de *bare* como también en J.15.1. Para algunos errores puede buscarse un significado (que *bae*, *b<sup>a</sup>re* y *nʀ-* respondan a un fenómeno fonético dialectal), pero en varias inscripciones (como J.11.1, J.15.1 o CP) la torpeza del lapicida parece notoria.

<sup>37</sup> Denominación breve inspirada en la «s móvil» del indoeuropeo.

<sup>38</sup> Véase la tabla 4 en el apartado 4.

<sup>39</sup> Señalo como «conjetural» una lectura que parece aceptable, pero de inscripciones no conservadas más que en dibujos. En las tablas las señalo poniendo entre paréntesis el identificador de inscripción.



se escribe *n* tras *bare*: J.1.1 *bare betasiioonii*; J.7.10 *bare#*; J.12.1 *bare Hatane*; J.16.3 *bare*<sup>40</sup> *ba nařk[e]n-*; J.18.1 *bare ba nařken-*.

4) *uarban* / *uarnban*: *uarnban* (J.20.1) frente al normal *uarban*.

5) *nařken-* / *nařke-*: *nařkeii* (J.1.3) y *nařketi* (J.56.1) frente a los frecuentes *nařkenii* y *nařkenti*. Estos casos son cotejables con algunas variantes de *bare*, como son *bareii* (J.5.1) y *barentiiru* (J.23.1). Pero, de estos, en el primero hay una barra tipo separadora sobre el signo *e* que se puede interpretar como que es *bare : ii* o como un signo *k<sup>i</sup>* (*barkii*). Esta lectura *barkii* no encaja con lo observado en geminaciones vocálicas y es, por tanto, menos probable.

6) *boniir* / *boiir*: este caso es de evaluación difícil. Se fundamenta en su contexto común, ambos, final de presuntos antropónimos, y en lo típico de los finales en *-on*. En contra, el que sí hay casos con la secuencia *-oi-* sin *-r*. La principal comparación es entre *#lokoboniir* (J.1.1) y *#uarboiir* (J.22.1); mientras que una explicación diferente (sea en contra de la pérdida de *-n* o a favor de que también afectara a *r*) la abogarían la comparación de dos segmentos de MC: *#tilebur* frente a *tileboiir*. Similar es *Jonlinboir* (J.11.2).

Otros posibles casos de no notación de *-n*, en los que bajo las formas *oir* podría subyacer *\*-on-ir*, serían *[-]kikuoir-a* (J.1.2); *#soloir* (J.11.3); *#ořooir* (J.19.2). Menos claros pero quizás relacionados son los casos sin *r* o donde no es seguro que esté: *#saboiis* (J.5.1) es un probable inicio aunque el orden de los fragmentos no es claro; *##uarboli* (J.7.5) aunque el signo *l* no está claro y podría ser variante de otro (*¿b<sup>i</sup>?*); y *koloboiir-* (J.1.1) que es especialmente dudoso por su posición medial. El caso de J.7.5 es cotejable con el *ařtabobir* de J.7.1.

En definitiva, la evidencia es poco clara, pero conviene tener en cuenta la posibilidad de que algunos casos del final *-on* típico de antropónimos iniciales estén escritos sin la *-n*.

Sobre la evaluación de la *n* móvil hay que indicar que el que sean varios los casos en que aparece ante *bare* (claramente *ean* y *eron*) apunta con fuerza a que se trate de un dígrafo *nb* (*¿= m?*). Sin embargo, los casos 3, 5 y 6 no son reductibles a esa explicación. Ciertamente, 6 es de evaluación compleja y 5 podría entenderse como erratas, pero 3 es especialmente llamativo. Así pues, se comprueba que la variación con o sin *n* existe, pero que, si efectivamente existe el dígrafo *nb*, ésta tendría un alcance limitado, siendo su mejor ejemplo *baren*.

<sup>40</sup> Untermann lee *bake* pero ni en la fotografía que aporta ni en el dibujo de Beirão se aprecian los rasgos a partir de los que dibuja un *k<sup>e</sup>*.

### 3. Análisis de la sección inicial y de los posibles antropónimos

#### 3.1 El planteamiento

Es bien conocido que el esquema típico de estas estelas es que comiencen con un elemento variable, el cual tiene unos finales repetitivos frecuentes (pero no obligatorios, la suma de los dos principales cubre sobre la mitad de los casos), al que le siguen una serie de elementos habituales considerados formularios. Existen inscripciones con una estructura más compleja, pero generalmente lo que hacen es añadir elementos.

Con excelentes motivos, aunque no total seguridad, se viene considerando que el elemento variable inicial<sup>41</sup> es un antropónimo, verosímilmente el nombre del difunto<sup>42</sup>. Es difícil que estemos equivocados, pero, aunque aquí lo llamaremos antropónimo, entiéndase «presunto antropónimo». En otras ocasiones el contexto puede no estar tan claro o la inscripción fragmentada, de modo que lo que queda del inicio posiblemente sí sea el antropónimo, pero puede que no siempre.

Vemos los casos en la tabla 1, que recoge inicios absolutos con la señal #, así como un pequeño número de elementos en posición no inicial con finales típicos<sup>43</sup>. Algunos de éstos sí debieron de ser segmentos iniciales, sólo que no se han conservado los primeros signos de la inscripción. No incluyo otros mediales que suelen considerarse antropónimos (el caso más notable es *saruneea*) por motivos que se verán.

---

<sup>41</sup> En especial cuando términos formularios permiten aislarlo o presenta una terminación habitual.

<sup>42</sup> La alternativa principal es que fuese una inscripción votiva a un dios o al difunto. Este enfoque tiene algunas ventajas, pero también inconvenientes de consideración. Pero incluso en este caso el primer elemento debiera ser un antropónimo.

<sup>43</sup> Los delimitadores que marco en las tablas son orientativos, puesto que algunos casos son complejos y a veces he simplificado la notación por motivos expositivos. Cuando añado un espacio considero un límite de palabra; cuando un guion entre términos, una separación de algún tipo preferentemente entre elementos relacionados (puede sugerirse un sufijo o aposición); un signo + señala una separación de tipo discutible o controvertido; un ± para señalar un punto donde podría proponerse una separación. En los límites de los ejemplos, ... señala que hay texto antes o después sin prejuzgar la separación, mientras que un – señala que hay motivos para considerar que hay un límite de palabra.

Tabla 1: Probables antropónimos iniciales y elementos asimilables

1	# aikuris[ .. (J.3.1)	17	# iru albus-iel (J.12.1)	33	# uarbolli[ (J.7.1) <sup>44</sup>
2	# ainesta: (J.16.4)	18	# íst <sup>u</sup> [u (J.7.4)	34	# uuferkar (MG)
3	# aioóror-ain± (J.11.4) <sup>45</sup>	19	# kielaoe: (J.11.1) <sup>46</sup>	35	# uursaar (J.16.1)
4	# akolion: (J.56.1) <sup>47</sup>	20	# kiu[ (MH)	36	# [*]ibonion-a (J.4.1) <sup>48</sup>
5	# aalaeinré[ (J.15.3)	21	# kobelibon-a (J.1.2)	37	# (?)itiaríferan[ (J.16.3) <sup>49</sup>
6	# aokolion±eer- (J.55.1)	22	# lokobon-iir-a (J.1.1)		
7	# aarbuor± (J.7.6)	23	# ooóir (J.19.2)	38	]iir nesta (J.19.1) <sup>50</sup>
8	# ariariše: (J.10.1)	24	# oMuří**[ (J.16.1)	39	aştanabolon (J.7.1)
9	# aştabob-ir (J.7.1)	25	# saboiis[ (J.5.1) <sup>51</sup>	40	-iru / arku-iel (J.23.1)
10	# bastekuóioion (SM)	26	# saloiY[ (J.12.4) <sup>52</sup>	41	tilebo-iir (MdC)

<sup>44</sup> La lectura de *l* es incierta, pues le sobra un trazo inferior. Podría ser *b<sup>i</sup>*.

<sup>45</sup> Lectura conjetural.

<sup>46</sup> Inscripción con errores, es verosímil que falten signos.

<sup>47</sup> Corrección considerando lo que formalmente es *ś* como *n* más separador unidos accidentalmente con el que un antropónimo *hapax* pasa a ser una forma típica (cfr. Jesús Rodríguez Ramos, «Inscripciones sudlúsitano-tartesias», p. 94, n. 5). Obsérvese que la aparente *ś* es excepcionalmente estrecha y asimétrica. Cierto es que en J.20.1 hay una *ś* de proporciones similares, pero entre diversos signos también muy altos y comprimidos horizontalmente, cosa que no sucede aquí.

<sup>48</sup> Precede a *i* un *hápax* que Untermann parece considerar sin valor gráfico. Aunque un inicio *ibon* tiene su ventaja comparativa (Ippo-) no puede descartarse que sea una variante de otro signo: ¿*k<sup>i</sup>*?

<sup>49</sup> Untermann considera la barra inicial como parte de la cartela y, efectivamente, en su fotografía no parece apreciarse el rasgo que apuntaría a una *ś* que dibuja Beirão, pero no descartaría *l* o *b<sup>i</sup>*.

<sup>50</sup> Probable final del primer término. Por la estructura de la inscripción podría haber entre 2 y 9 signos delante (según empezase en la esquina o faltase toda una línea inferior). El signo partido puede ser *l* o *b<sup>i</sup>*.

<sup>51</sup> Inicio probable, pero la disposición de las líneas es interpretable.

<sup>52</sup> La lectura de *Y* es incierta. Tal vez *b<sup>i</sup>*.

11	# betisaite (J.23.1)	27	# solo-ir (J.11.3)	42	[-]kikuo-ir-a (J.1.2) <sup>53</sup>
12	# beu[ (CP)	28	# s̄utu-ir+ea (J.1.5)	43	]oloion : (MNC)
13	# boti+eanakerto± (J.18.1) <sup>54</sup>	29	# talainon- tuébuior[ (J.14.1)	44	]onlinbo-ir+ean (J.11.2) <sup>55</sup>
14	# botoHar[ (J.7.2)	30	# tauarate± (J.53.1)	45	]úrñibeliśon (J.20.1) <sup>56</sup>
15	# Haiaur-aMeleśa± (J.15.1) <sup>57</sup>	31	# tilebur (Mdc)	46	]ir+ea (J.52.1)
16	# iru-baru- aionba[ (J.7.9) <sup>58</sup>	32	# uarbo-iir (J.22.1) <sup>59</sup>	47	]rteaion** (J.4.3) ???

<sup>53</sup> Parece un segundo nombre tras el inicial quizás concordando. La secuencia completa es *kobelibon-a [-]kikuoir-a uarban*.

<sup>54</sup> Posiblemente sólo *boti*.

<sup>55</sup> Inscripción muy fragmentada, posiblemente el término esté cerca del inicio de la inscripción y recoja el final del antropónimo o el final del primero *-on* y un posible segundo *linboir*.

<sup>56</sup> Podría ser el inicio de la inscripción o faltar muy pocos signos delante.

<sup>57</sup> Los signos en mayúscula son de lectura dudosa.

<sup>58</sup> Segmentación difícil. Podría ser un antropónimo *baruaion*.

<sup>59</sup> Es interesante observar que en la estela fenicia del s. VII a.C. de Lisboa el difunto podría leerse *wrbr* (Nuno M. Neto *et al.*, «Uma inscrição lapidar fenícia em Lisboa», *RAP* 19 (2016) p. 126), con las dudas típicas en inscripciones cortas de esta epigrafía por la similitud entre *r* y *d*. Como indican los editores, el nombre no parece fenicio, sino probablemente indígena. Este *wrbr*, tiene un buen parecido con *uarboiir*, por más que es posible que, según veremos al tratar de *ir* el nombre podría ser algo como *\*uarbur*. Como mínimo es un paralelo plausible.

Para estos antropónimos se ha apreciado la existencia de unos finales repetidos<sup>60</sup>, a menudo interpretados desde una perspectiva «Rorschach» indoeuropea<sup>61</sup>.

De los 47 probables casos de la tabla 1, en 11 la fragmentación impide establecer un final<sup>62</sup>. Del resto son finales únicos *-sé* (1) y *-ta* (dos repiten *-nesta*). Con este último podrían intentar relacionarse los dos aparentes en *-te* (n.º 11 y 30) que, de hecho, son poco claros y el *boti-ea* (n.º 13). Los dos casos en *-iel* (n.º 17 y 40) son llamativos y no es imposible que tengan que ver con los finales en *-r* o en *-ir*.

El caso de los finales en *-r* es más claro: dos respectivamente en *-ar*<sup>63</sup> (n.º 34 y 35; ¿quizás el 14?), *-or* (n.º 3 y 7) y *-ur* (n.º 15 y 31), pero de 8 a 10 en *-ir*<sup>64</sup> (n.º 9, 22, 23, 27, 32, 41, 42, 44, 46 y 28). Finalmente tendríamos entre 8 y 10 casos de *-on*<sup>65</sup> (n.º 6, 10, 21, 22, 29, 36, 39, 43, 45, más el probable 4 y el posible 47). En *okolion* (n.º 6) no está claro si el *eer* que le sigue va con éste (lo más probable) o con el término siguiente, por lo que sería posible incluso que *-oneer* fuese una variante de *-oniir*.

Adicionalmente, en 4-6 casos parece identificable un aparente sufijo *-a* (n.º 21, 22, 36 y 42, más 3 y 15) y en 2-3 el problemático *ea* (13, 28 y 44). De este

<sup>60</sup> En su síntesis De Hoz (Javier de Hoz Bravo, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano* (Madrid: CSIC, 2010) p. 395) considera «formaciones nominales» en *-un* e *-ir*, a las que suma *-a* y *-ea* y como muy probable *-on*. Por su parte, Correa [José Antonio Correa Rodríguez, «Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o Tartesia)», *Veleia* 6 (1989)] al estudiar posibles antropónimos y su posible interpretación celta destaca como finales de estos los sufijos *-ir*, *-ar* y *-nes*, mientras que *ea* como posible sufijo de derivación quizás de femeninos. Pero prefiere interpretar como desinencia *-e* y posiblemente *-sé*. Untermann (Jürgen Untermann, «Zum Stand der Deutung der ‘tartessischen’ Inschriften», en Joseph F. Eska, Robert Geraint Gruffydd, and Nicolas Jacobs (eds.), *Hispano-Gallo-Brittonica: essays in honour of professor D. Ellis Evans*, (Cardiff: University of Wales Press, 1995) § 8.3 y 9.2.2) indica la frecuencia de los finales *-ar*, *-ir* y *-or* en los antropónimos, así como justifica segmentaciones usando como argumento los finales *-on* e *-ir* de los mismos. Rodríguez Ramos («Inscripciones sudlucitano-tartesias», p. 89) menciona como sufijos que se repiten tras los antropónimos *-ir*, *-on*, *-ea*, *on-ir* e *-ir-ea*

<sup>61</sup> Así Untermann (*MLH* IV, pp. 166-167) considera que *-a* podría ser nominativo de nombres de mujer, *-ea* para derivar nombres de mujer a partir de los de hombre, *-on* comparable a los griegos en *-ων*, los finales en *-r* para nombres con el sufijo formativo *-ro-* simplificados con el mismo proceso que en latín conduce a formas *faber* (donde *-er* es el resultado tras la caída de la vocal y la sibilante del nominativo ‘-ro-s’). Formas en *-kun* (en su lectura, mejor *bun*) las compara con los nombres de familia celtibéricos (sufijo derivativo *-ko-* más genitivo plural *-ōm*).

<sup>62</sup> Aunque en J.7.1 es fácil suponer un *-ir*.

<sup>63</sup> Quizás 3 si sumamos J.16.3.

<sup>64</sup> Nueve incluyendo además de *-oniir* a *śutuir-ea*.

<sup>65</sup> La cuestión está en si incluimos el final *-oniir* como testimonio de *-on* o sólo de *-ir*.

último hay que indicar que en 13 el signo leído *e* es un extraño disco solar distinto a las demás *e* de la misma inscripción, completamente normales, por lo que, aun si seguimos la lectura de Untermann, no es segura.

Vemos, pues, que estos segmentos iniciales suelen tener como finales más frecuentes *-on* e *-ir*. Este último puede relacionarse con los otros casos en *-Vr* pero, de un lado, *-ir* suma más que los otros juntos, mientras que, de otro, en una misma inscripción encontramos el par de segmentos *tilebur* y *tileboiir* (n.º 31 y 41) interpretables como variantes de un mismo nombre.

### 3.2. El problema de *ea*

Respecto a *ea* es fácil comprobar que en estas posiciones es escaso. Su habitual consideración como un sufijo propio del antropónimo que se añade al que lo forma propiamente (se le llega a llamar de derivación) se basa en suponer que *saruneea* (J.22.1 y 2) es un antropónimo<sup>66</sup> y en su semejanza<sup>67</sup> con un sufijo similar indoeuropeo en su forma monoptongada (algo de por sí problemático), pues el sufijo derivativo PIE sería *V(C)-yeH<sub>2</sub>*, llegando la inspiración a sugerir que sean nombres derivados femeninos. En otros casos la identificación se basa en unir finales *ir-ea* suponiendo que *-ir* sea un sufijo típico de antropónimos y que no haya límite de palabra.

Aun en el caso de que decidiéramos identificar *-ea* como final de antropónimos, su evaluación como marca de femenino es puramente subjetiva. Pero, pese a que hay amplio consenso en esta interpretación, no es unánime. Ya previamente lo he considerado «palabra autónoma» asociada a *bare*<sup>68</sup>.

La cuestión es que en *saruneea* encontraríamos el sufijo *-ne*<sup>69</sup> y que el análisis de las reduplicaciones de vocales permitiría explicarlo como mucho como *sarunee a*, siendo preferible ver un límite de palabra *sarune ea*. De acuerdo con los

<sup>66</sup> Luján («La lengua», p. 210) apoya esto al interpretar en el inicio de J.22.1 *uarboiir saruneea* que *uarb-oiir* sería una variación con distinto sufijo de *uarban* y ambos un título. Es una idea, pero, entre otros problemas, habría que explicar por qué, si ambos son equivalentes, *uarban* no se encuentra nunca en posición inicial. Sobre una posible interpretación alternativa y su posible concordancia nominal con *nar̥ken*, cuyo sentido podría precisar, véase Rodríguez Ramos («Entre tartesios», p. 102).

<sup>67</sup> Recuérdese lo mencionado sobre el test de Rorschach.

<sup>68</sup> Jesús Rodríguez Ramos, «La lengua sudlusitana», *Studia Indogermanica Lodziensia* VI (2005-2009), pp. 98 y 101.

<sup>69</sup> Véase la sección 6. Merece observarse que, en nuestra fuente primaria de morfología de antropónimos, los inicios de inscripción, sólo el n.º 6 de la tabla permite plantearse la existencia de una formación en *-ne*, pero que esta interpretación es poco verosímil tanto por el sufijo *-on* (que lo deja sin *n*) como porque las normas detectadas de geminación sí permiten explicar *eer* como de una misma palabra.

paralelos de geminaciones vocálicas, la segmentación *saruneea* es la menos probable de las tres alternativas.

Casi siempre *ea* aparece justo delante de *bare*<sup>70</sup>, mientras que en los dos casos donde, no haciéndolo, podría entenderse como parte de un nombre, ni es una interpretación obvia, ni faltan alternativas<sup>71</sup>. Por contra, es decisivo el final de SM *naʔke ba / ean bara* donde es imposible considerar *ea-n* como final de antropónimo<sup>72</sup>. Esto es además coherente con las aparentes dobles sufijaciones que se detectarían, *on-ir* e *-ir-ea*. Si en este esquema *on* sería un sufijo primario e *ir* secundario, la postulación de uno en posición terciaria resulta sospechosa.

Descartamos pues *ea* como parte del antropónimo y diferimos su análisis para la siguiente sección en la que, como veremos, encaja perfectamente.

### 3.3. El elemento *ir* y la cuestión de las marcas de caso. Notas sobre *iru*

Eliminado *ea*, queda la cuestión de si los finales repetidos son todos finales típicos de antropónimos (sean sufijos formativos temáticos, sean elementos en composición) o si hay alguna marca gramatical (partícula, sufijo o similar; sea de caso o de otro tipo). Aquí provisionalmente lo consideraremos sufijo y de caso.

Cabe imaginar que algo similar es la idea tácita a la que apunta Luján<sup>73</sup> cuando correlaciona finales en *-oir* con formas de *naʔke-* y considera significativo que de 4 casos en 3 se dé con *naʔkenii*. Aquí el primer problema es la identificación de *-oir* como unidad, donde sigue a Untermann<sup>74</sup>, pero que, dado que *-ir* se repite mucho, parece más sistemático segmentar *o-ir*.

Si planteamos la posible existencia de un sufijo no propio de la base nominal, esperaríamos que este fuese frecuente (preferentemente omnipresente, pero

<sup>70</sup> Incluido el n.º 28 *śutuir ea bar[e n]aʔkenti*, verosímilmente el 44 *Jonlinboir ean ba[ y J.22.1 uarboiir saru-ne ea bare naʔkenii*.

<sup>71</sup> El n.º 13 *botieanakerto-* aparte de poder dudarse de la lectura de *e* podría segmentarse *ean* según paralelos. Si, consideramos que la forma diferente, *solar*, de *e*, es en realidad un signo decorativo o un separador, merece compararse el *anakerto* restante con la secuencia *anakena* de J.5.1 que apoya la idea de una separación de palabras tras *boti*; o *botiē*. En J.22.2 *]saruneeaoar[* resulta inusitado un inicio *oa-* por lo que se abre a interpretación y, aunque es más sencillo entenderlo como variante de *uarban*, el paralelo con J.22.1 permitiría sospechar un *oare* como alógrafo (¿¿pronunciación /ware/??) de *bare*. La interpretación como alógrafo no la considero clara, pero Untermann (*MLH IV*, p. 160) y Luján («La lengua», p. 208) consideran *ioua* variante de *ioba*.

<sup>72</sup> En casos como J.15.1 afirmar que le precede un antropónimo es un difícil *ad hoc* por el «triptongo» pero no imposible, mientras que el estado fragmentario no permite descartarlo en J.11.4 y J.24.1, aunque sendas secuencias (*ean-bo* y *]earon-bare*) no abogan precisamente a favor.

<sup>73</sup> Luján, «La lengua», p. 210.

<sup>74</sup> Untermann, *MLH IV*, § 522.

es obvio que no es el caso) y que apareciera tras los presuntos de base nominal. En tal caso, dado que sólo son frecuentes *-on* e *-ir* y que tenemos un caso claro en *-on-iir*, el candidato obvio es *ir*<sup>75</sup>.

Pero, a fin de enmarcar mejor el problema, comentaremos antes que existen tres posibles alternativas, las cuales revisten especial interés si planteamos la hipótesis de relacionar *ir* con *iru*; término que parece anteceder al antropónimo en 3 ocasiones (tabla 1 n.º 16, 17 y 40) y que en estos pocos casos nunca coincide con *ir*<sup>76</sup>.

La primera partiría de suponer que *iru* fuese un título que apareciera entero al anteponerse, pero como *ir* en segunda posición ('jefe', 'conde', 'gran-de', 'buen-o')<sup>77</sup>. Distribución alternante no descartable, pero que requeriría de una explicación más allá de la apuntada en los ejemplos. Parece quizás un término demasiado breve para tal función.

Una segunda se basaría en suponer una determinación del antropónimo. De este modo, *iru* sería un adjetivo demostrativo en su forma tónica extensa al preceder, pero en la reducida al seguir como artículo átono. No me parece imposible, pero con los datos actuales parece artificioso: este sistema de determinación no es lo más típico y, sobre todo, esperaríamos que se encontrara usado en algo más que el antropónimo<sup>78</sup>.

La tercera se basaría en los paralelos fenicios, puesto que en las estelas arcaicas del ámbito cultural fenicio es habitual un inicio אַנְךְ 'yo' seguido del antropónimo. Así, en vez de un determinante, sería un pronombre<sup>79</sup>, y más que un

<sup>75</sup> La idea de que *ir* pudiera ser una «desinencia casual» se apunta ya en Rodríguez Ramos («La lengua sudlusitana», p. 104), aunque indicando el problema de no encontrarse en todos los casos. Sobre esto último es interesante señalar un paralelo de marcación cambiante en la epigrafía modelo (fenicia) donde las estelas funerarias normalmente marcan el difunto con la preposición (dativo-posesiva) *l-*, pero precisamente la necrópolis de la metrópolis colonial (Al-Bass, Tiro) es peculiar por predominar la estela con el nombre sin preposición, quedando el uso de *l-* bien representado pero en minoría (Helen M. Dixon, *Phoenician Mortuary Practice in the Iron Age I - III (ca. 1200 - ca. 300 BCE) Levantine "Homeland"*, Tesis doctoral. University of Michigan, 2013. (<https://hdl.handle.net/2027.42/99972>, descargado 10/05/22), pp. 61-64).

<sup>76</sup> Aunque sí muestra una llamativa predilección por *-iel* que podría significar algo.

<sup>77</sup> La posible relación entre *iru* e *ir* se plantea en Correa («Posibles antropónimos», p. 248) y Rodríguez Ramos («La lengua sudlusitana», p. 100) aunque con matices respecto a si *iru* es parte del onomástico (Correa) o un término que lo calificara (Rodríguez).

<sup>78</sup> Aunque aquí, naturalmente, entra el juego nuestra limitada capacidad para identificar no antropónimos en *ir*, sería preferible ver una determinación en un término formular (como un sustantivo referido al monumento).

<sup>79</sup> Untermann (*MLH IV*, p. 160, § 515) dice sobre *iru*: «Angesichts der geringen Substanz des Segments könnte man an ein Adverb oder ein Pronomen denken».



‘éste’ (muy similar a la anterior), un ‘yo’. La cuestión es que *iru* aparece iniciando inscripción en J.7.9 y J.12.1; pero no en J.23.1; mientras que extrañaría que, de ser una herencia fenicia, apareciera sólo en tres inscripciones<sup>80</sup>.

Aunque esta idea encajaría con un término breve que no se relacione con otros substantivos, sinceramente no es una hipótesis en la que confíe mucho. Pero hay un aspecto que la hace especialmente llamativa. No sólo es que explique la extraordinaria posición de *iru* delante del antropónimo, desplazando al que suele ser sistemáticamente el inicio, sino que en los paralelos fenicios hay muchos casos en que este ‘yo’ se ilustra con una imagen del difunto como si se estuviera dirigiendo a quien lee la inscripción<sup>81</sup>. Bien, justamente J.12.1 es la famosa inscripción con imagen en pie mirando de cara, conocida vulgarmente como la estela «del guerrero». ¿Es posible que la figura nos esté hablando, diciendo «Yo soy Albusiel»?<sup>82</sup>

Pero, por sugerentes que puedan ser estas posibilidades, hoy por hoy son muy especulativas, por lo que procederemos a ver qué nos aporta un análisis de la correlación de los casos de *-ir* con las formas de *naʿke* que se documentan con él. Se confirma una marcada diferencia distribucional.

De los 10 casos recogidos en la tabla 2, sólo en 7 se aprecia el final de *naʿken-*, aunque es interesante considerar que en J.1.1 es verosímil que tengamos uno y que en tal caso sería o bien *naʿke* sólo o, especulativamente, *naʿkena*<sup>83</sup>, y que, aunque con una «base» distinta, en J.1.1 sí tenemos un final absoluto en *-nii*. De los 7 tendríamos 4 coincidiendo con *-nii* (5 de 8 si sumamos J.1.1) y luego un caso respectivamente de *-nti*, *-nbi* y *-nai*. Dado que los casos en *-nii/-ni* sólo son ligeramente más abundantes que *-nti* esto muestra una tendencia, pero no siempre puede comprobarse la presencia o no de *ir* por lo que el contraste válido es con los casos en que se puede.

<sup>80</sup> La idea podría defenderse proponiendo que de hecho el *ir* postpuesto también fuese el pronombre “yo”, pero es obvio que con los datos actuales es muy especulativo.

<sup>81</sup> En diversas estelas (como KAI 24) y estatuas funerarias (como KAI 124) fenicias y arameas del reino de Sam'al, incluso en la estela votiva de Yehawmilk (KAI 10, s. V a.C) aparece una imagen del rey haciendo el rito. También el sarcófago antropomorfo de Tabnit (KAI 13, siglo V a.C.) o la estela bilingüe de Atenas (KAI 54) donde el relieve muestra el cadáver en el lecho.

<sup>82</sup> Otra ventaja de este planteamiento es que no depende de considerar que *ir* sea variante de *iru*: *ir* podría ser un dativo e *iru* ‘yo’.

<sup>83</sup> El signo tiene forma de una especie de cruce entre *ka* y *n* por lo que puede plantearse que se olvidó la *n*, se empezó a escribir la *a* que sigue y a medio hacer ésta, advertido el olvido, se corrigió. En otro tipo de epigrafía sería fácil considerarlo un nexa *nk<sup>a</sup>*, pero no parece que los nexos sean algo normal en ésta.



Con todo, una investigación sobre irregularidades estadísticas ha de atender a la posible influencia de terceros factores y ésta efectivamente tiene algo que decir. La desproporción podría estar coadyuvada por factores culturales, dialectales o diacrónicos, puesto que en la oposición entre *nařkenti* (con la variante *nařketi*) y *nařkenii* (con variantes *nařkeni* y *nařkeii*) se aprecia un factor geográfico.

Tabla 3: Correlaciones de casos sin -ir

J.11.1	kielaoe : oi <sup>s</sup> ataban ero ba<r>e n<a>řkenii
J.12.1	iru albusiel nařkenti ... tero bare ...
J.14.1	talainon-tuře <u>bu</u> ior[ ... e bare nařken
J.16.1	uursaar <u>u</u> arban te bar[e] ba nařkenti
J.16.3	(?)itiar <u>r</u> eran[ e]robare ba nařk[e]nti
J.18.1	boti- <u>e</u> an ... ba te bare ba nařkenti
SM	basteku <u>o</u> ion u-ne ... nařkeba / ean bara
MG	uu <u>r</u> erkar <u>u</u> a[rba]an ... eron bare na/ř]ken-ta
J.55.1	aokolion- <u>e</u> er-tau-ne // tarielnon : liřnie-ne nařkenai
J.56.1	akolion: nařketi

En la zona sur, del Algarve, (J.1 a J.6<sup>87</sup> más J.8) tenemos 5 -nii frente a 2 -nti, sin más terceras variantes que el posible *nař[k]e* de J.1.1 y con el agravante de que en ésta tenemos un *oonii* y en J.5.1 un probable *bareii* que podrían responder a la misma «sintaxis» que *nařkenii*.

En el inicio de la entrada hacia las montañas sobre el Algarve (J.7., J.11 al menos en parte y CP) nos encontramos con, aparte de un *nařkenai* y dos *nařken*,

<sup>87</sup> Téngase en cuenta que una incomprensible idiosincrasia del *corpus* de Untermann es el que bajo un mismo código de origen se incluyen inscripciones aparecidas a varios kilómetros entre sí y que pueden estar más cerca de lo que se considera diferente. Véase el mapa Untermann (*MLH IV*, p. 170) p. ej. el punto J.12.1 a unos 10 km de 12.3 y 12.4, pero más cerca de J.19 y muy cerca de J.18. Por otra parte, en dicho mapa la ubicación de J.8 está equivocada.

6 casos de *-nii*<sup>88</sup> frente a sólo uno de *-nti* (J.11.5 *Jnti#*). Es más, este 11.5 es de ubicación excéntrica hacia el oeste, por lo que no sería absurdo excluirlo de la zona.

De hecho, las formas *nařkenti* sólo son frecuentes en la zona «central» cerca de Ourique (J.12.1-2 y J.16 a 18)<sup>89</sup> donde encontramos 6 casos de *-nti* frente a uno sólo de *-nii* (J.7.1), que ni siquiera es completamente seguro porque la zona final está muy desgastada y Untermann lo considera ilegible. Esta abundancia en esta zona también puede relacionarse con la peculiar variante formular *baře ba* justo ante *nařken-*<sup>90</sup>, pues, como ya se ha observado<sup>91</sup>, se relaciona siempre con *nařkenti*.

La llamo zona «central» porque es llamativo que se encuentre en el núcleo-base del triángulo establecido por Correa<sup>92</sup> por sus peculiaridades paleográficas como «sistema central» por lo que, aunque la coincidencia no es total, es muy verosímil que exista una relación<sup>93</sup>.

Esta doble desproporción de la evidencia relativa a la distribución de *nařkenii* y *nařkenti*, tanto en su relación con *ir* como en su dispersión geográfica, plantea problemas de interpretación: sería posible tanto que la desproporción con *ir* se relacione con el mismo factor geográfico<sup>94</sup>, como que sean fenómenos independientes.

Caso de ser fenómenos independientes, se priorizaría la interpretación sintáctica, pero, a su vez, que el que la tendencia de distribución «*ir* evita a *nti*» sea sólo muy marcada pero no completa sugiere un factor dialectal y la posibilidad de que efectivamente *nařkenti* y *nařkenii* fuesen variantes dialectales de una misma forma. Algo que, por muy lógico que parezca razonado así, no puede afirmarse a la ligera con tan escasa evidencia. Digamos que, como indicio es bueno; como argumento, insuficiente.

Por el contrario, el relacionar el fenómeno con su distribución geográfica tampoco implica como única solución la explicación dialectal. Podría ser que en esa zona se prefiriera un redactado diferente; caso en el que *ir* volvería a ser

<sup>88</sup> Ciertamente que en CP el inicio está mal escrito, pero el *b<sup>a</sup>re* que le precede y el *keni* final lo confirman como equivalente.

<sup>89</sup> Ciertamente es que son insuficientes los datos de la zona española, pero parece significativo que no tengamos ningún *nařkenii*, pero sí un *nařketi* y un *nařkenai*. Por otra parte, los dibujos que se conservan de J.53.1 muestran un presunto *lakenti* que podría corresponder a un *nařkenti* original.

<sup>90</sup> Téngase en cuenta que no siempre *bare* se encuentra junto a *nařken-*.

<sup>91</sup> Rodríguez Ramos, «La lengua sudlúsitana», p. 97.

<sup>92</sup> Correa, «El signario tartesio», p. 280 fig. 2 y 282).

<sup>93</sup> Si consideramos que se define por un uso preferente del final *-nti* la cuestión es que sólo podemos sugerir afiliar los casos que lo presenta, pero no negar categóricamente otros finales. Respecto al mapa de Correa es interesante que podría incluirse la punta inferior del triángulo (Comoros, J.4.3), pero no otros como Pego (J.19), Arzil (J.21) o Visconde (J.23). Si bien este último presenta *barenti*.

<sup>94</sup> O que hubiese un factor diacrónico. Al fin y al cabo, de las 5 estelas de J.1 es precisamente la que presenta *-nii* (J.1.5) la de aspecto más primitivo.

marca de caso. En unas zonas se preferiría la fórmula con dativo, en otras con nominativo<sup>95</sup>. No indico esto para hacer una demostración de «ceremonia de la confusión», sino para que de las posibilidades se puedan deducir los factores a buscar en las inscripciones para resolver el problema<sup>96</sup>.

Sin embargo, la diferencia sintáctica, de haberla, parece haber sido sutil, pues es difícil justificar una diferencia entre el uso de *-nti* con *-ir* en J.1.5 (véase tabla 2) respecto a J.19.1 o J.22.1 con *-nii*. Es posible que tenga que ver que ambas son más complejas y que la forma con *ir* con *-nti* sí fuese admisible, pero resultara algo forzada (como cuando se mezclan formularios sepulcrales donde el difunto puede aparecer en nominativo, dativo o genitivo y la mezcla produce una enálage poco gramatical). Posible, pero preferiríamos un testimonio más claro.

Como podemos ver, la desproporción regional plantea dudas (o al menos alternativas plausibles) a la interpretación sintáctica. Lo que personalmente me decanta a favor de la misma es la inscripción MC donde tras un inicio *tilebur* al curvarse la inscripción se inicia con el texto formular *tileboir ero bare naʔk<sup>e</sup>*. Podría ser que el primero fuese un caso absoluto del nombre *tilebur* mientras que *tileboir* una forma declinada (tipo dativo o genitivo).

Es cierto que podría contrargumentarse la repetición de *ooʔoir* en dos inscripciones (J.19.1 y 2), por más que en 1 parece haber habido dos antropónimos en *ir*<sup>97</sup>, pero dado lo raro de las repeticiones de antropónimos que haya dos tan similares en una misma inscripción, que la posición inicial sea la típica del antropónimo principal (aquí *tilebur*), así como también lo sea su relación con la fórmula (aquí *tileboir*) lo más verosímil es que tengamos dos formas del mismo antropónimo.

Sea como sea, en la actualidad *ir* es un candidato a tener en cuenta no sólo a ser un elemento separado de la base nominal (sea sufijo, partícula, aposición o

<sup>95</sup> Cabría incluso, aunque esto es mucho más rebuscado, que la diferencia fuese en la forma de los onomásticos (*ir* sería un final de nombre más habitual en unas zonas) o de titulación (en dichas zonas sería frecuente la alusión al título *ir*).

<sup>96</sup> En general, aunque remarcar los indicios positivos sin comentar contraargumentos tiene el muy deseable beneficio de una mayor claridad expositiva, en disciplinas como ésta donde hay tantas incógnitas, se debe ser muy cuidadoso. No negaré que es un equilibrio difícil (en especial dentro de los cada vez más exiguos límites de tamaño de los artículos), pero es triste ver teorías en cuya aceptación influye no poco una exposición desafortunadamente «optimista», minimizando o desvirtuando los contraargumentos (cuando no «olvidando» o tergiversando lo publicado). No me parece precisamente un error el mostrar al lector que se ha intentado buscar contraargumentos y darle la posibilidad de formarse su propia opinión.

<sup>97</sup> Por otra parte, en J.11.4 (conjetural) podríamos tener un paralelo de la forma en *casus rectus* de *ooʔoir*: *ai-ooʔor*. En especial si tenemos en cuenta que hay indicios de que el *ai* inicial pueda ser un elemento propio (en la tabla 1, el n.º 1 *aikuris* y en especial el 2 *ainesta* comparado con el 38 *nesta*). Curiosamente los inicios en *ai* son especialmente frecuentes en la antroponimia íbera meridional y, aunque normalmente son interpretables como formas íberas iniciadas en *ai* (como *aibe*), puede que la predilección por este inicio esté culturalmente motivada.

artículo), sino con buenas posibilidades de ser una marca de caso. Si esta hipótesis funciona, puede darnos la clave para entender la estructura sintáctica de las inscripciones.

#### 4. La sección formular interna de núcleo bare

La sección de *bare* presenta una serie de elementos repetitivos ubicados ante él (salvo quizás *ba*) y no se asocia ni con inicios ni finales absolutos. Los elementos asociados suelen ser sospechosamente breves: *ea / ean, e / en, ero / earon, te* y *ba*; lo que induce a creer que son la periferia sintáctica, quizás clíticos, alrededor del núcleo *bare*<sup>98</sup>. Es fácil ver que los 3 primeros citados tienen partes comunes, de modo que podrían pertenecer a un mismo paradigma en que haya sólo dos elementos: *e-n / ea-n* y *(e)ro-n*.

En lo que atañe a *bare*, de forma muy provisional (puesto que se basa en casos minoritarios y en diversas inscripciones que no se conservan enteras no puede comprobarse), hay dos aspectos que parecen relevantes.

El primero es que, aunque muy frecuente, puede no aparecer en la inscripción, no sólo en inscripciones muy breves (J.19.1 o J.56.2), sino incluso en las de una cierta extensión como J.1.2<sup>99</sup>, J.7.1 y J.55.1. Llama además poderosamente la atención el que, aunque las inscripciones extremeñas son pocas y algunas fragmentadas, en ninguna de ellas se documente *bare*<sup>100</sup>.

El segundo es que, pese a que suele encontrarse ante *naʀken-* y en inscripciones con un solo antropónimo, puede aparecer tras él (SM<sup>101</sup>) o separado (J.1.1, J.7.10, J.12.1) o incluso en J.23.1 parece encontrarse en una doble distribución

<sup>98</sup> En principio esto podría parecer que implica que es un verbo, pero hay interpretaciones nominales sencillas con paralelos incluso en estructuras del griego como *te bare* artículo y nombre en dativo con un genitivo *ero* interpolado o *ba* un simple pronombre relativo (Rodríguez Ramos, «La lengua sudlúsitana», pp.91 y 93). Obsérvese respecto a la citada relación *ba te bare ba* con el final *nti* de *naʀkenti*, que una construcción con un pronombre subordinante puede variar una forma verbal, sea esta *naʀkenti* o sea sólo *ti*.

<sup>99</sup> Es este el caso en el que la no presencia de *bare* resulta más llamativa. La opción de interpretar en ella *ba* como abreviatura de *bare* es problemática, puesto que se conoce en otras inscripciones la forma *ba* tras *bare* y precisamente ante *naʀken-* y porque esperaríamos más casos. Es interesante señalar que en los tres casos mencionados se encuentran dos posibles elementos antroponímicos y que J.7.1 y J.55.1 son los dos únicos casos de *naʀkenai*. Que no aparezca en casos de más de un antropónimo podría apoyar la posibilidad planteada por Untermann («Zum Stand der Deutung», § 7.5) de que *te-bare-ba* sustituya a la mención de una segunda persona, comparando con fórmulas con *filius*, pero un anonimato tan generalizado cuesta de creer y el propio Untermann (MLH IV, § 534) prefiere interpretarlo como verbo.

<sup>100</sup> Del resto de las españolas, sólo se documentaría en Villamanrique (J.52.1).

<sup>101</sup> Donde el *ean bara* ha de ser el final tras haberse acabado el espacio del círculo de la inscripción principal.

relacionándose quizás con un antropónimo diferente. Esto es significativo en tanto que indica que la relación sintáctica entre *bare* y *naʔken* dentro de una misma oración es como mínimo opcional, si no es que siempre forman oraciones independientes. Si bien J.23.1 presenta una serie de peculiaridades que no podrán resolverse hasta que encontremos paralelos, su distribución y su variante *baren-ti* podrían estar dándonos información clave.

Esta separación entre *bare* y *naʔken* es especialmente relevante en tanto que dificulta interpretaciones del tipo en que *ea bare* es el objeto (como si ‘esta estela’) y *naʔken-ti* el verbo (como si ‘ha puesto’) que *a priori* serían verosímiles suponiendo que el sentido monovalente de la inscripción es indicar quién ha levantado la estela<sup>102</sup>.

De los 31 casos de *bare*, cuatro no aportan apenas información: J.17.2, J.21.1, J.26.1 y CP. El resto lo expondremos en cuatro tablas según su combinatoria. La primera y más extensa es cuando le precede *e(n)*- o *ea-n* en su forma más simple.

Tabla 4: Paradigma de BARE 1: formas con #e- exceptuando con -RO o TE-

	EA
J.1.5	śutu-ir ea bar[e n]aʔkenti
J.6.1	]ea bare n[aʔke]nii
J.15.1	Haiaur-a ... ea ba<r>e naʔk[e]n
J.22.1	uarbo-iir saru-ne ea bare naʔkenii
J.52.1	]ir ea b <sup>a</sup> re la[
	E
J.14.1	talainon- ... e bare naʔken
J.19.1	]iir ... ooʔoir e b[are naʔ]kenii
	cf.

<sup>102</sup> Para que se aprecie lo atractiva que sería esta interpretación, unos ejemplos: J.1.5 sería ‘Sutuir ha erigido esta estela’ (¿o ‘para Sutu ha sido erigida?’); J.22.1 ‘Uarboir ha erigido esta estela para Saru’; J.56.1 ‘Akolion ha erigido’. Pero, como veremos, aunque no pueda demostrarse que esta interpretación esté equivocada, hay indicios en contra.

J.23.1	betisaite e baren-ti <sup>103</sup> iru / arkuiel naŕrke*i* / uš-nee
	EN
J.20.1	]uŕnibelišon uarn/ban e[n] <sup>104</sup> bar[e]n naŕken[
(J.27.1)	]...en bare naŕken[
	cf.
J.7.10	...]naŕkeniiraš en bare
	EAN
J.11.2	]onlinbo-ir ean ba[
SM	bastekuŕoion u-ne ... .. naŕkeba / ean bara
	cf.
J.18.1	Boti±ean±akerto±ro ba te bare ba naŕkenti

Untermann<sup>105</sup> implícitamente considerando *bare* un verbo planteaba que las formas *e*, *te*, *ba* y quizás *ro* podrían ser preverbios. Como hemos indicado antes, no incluye en esta serie a *ea*, que considera sufijo de antropónimos femeninos. Por el contrario, sí que segmenta *e* como elemento independiente tanto en J.14.1 como en J.19.1, pese a que a veces se ha planteado como sufijo de antropónimo<sup>106</sup>.

Es fácil de comprobar en los ejemplos que la posición de *e* y de *ea* es intercambiable por lo que es probable que sean variantes de una misma partícula (o pronombre o similar<sup>107</sup>). Ambos pueden aparecer con o sin *n* final conforme a lo comentado sobre la *n* móvil. En cambio, por su diferente ubicación, en J.18.1 no es seguro que se trate del mismo elemento, en el que tampoco está clara la lectura del signo *e* «solar» ni su segmentación final.

<sup>103</sup> Untermann segmenta *betisai tee barenti*. Veremos *infra* que *-te* es posible, pero la geminación de vocales tras signo de oclusiva parece relacionarse con una separación de palabras (Rodríguez Ramos, «Sobre la geminación»).

<sup>104</sup> Los restos conservados del signo coinciden con el apéndice de la parte superior de una *n*.

<sup>105</sup> Untermann, *MLH IV*, p. 166.

<sup>106</sup> Véase Untermann (*MLH IV*, § 512 y 536; y pp. 279 y 307)

<sup>107</sup> La idea de que *e* pueda ser una variante de *ea* ya se menciona en Rodríguez Ramos («La lengua sudlúsitana», p. 98).



En todo caso, mientras que sería viable explicar la aparición de un término autónomo relacionado con *bare* en otra posición (p. ej. como pronombre referido a la estela) en J.18.1, es imposible explicar el *ean* de SM como sufijo formador de nombres.

Aparentemente la aparición en solitario de *e(a)-n* es compatible con las diversas variantes de *naʿken-* (aquellas con las que no coincide son muy minoritarias), así como también tanto con la aparición o no de *ir*. Sí que parece que las formas en *ea-n* tienen una marcada preferencia a coincidir con *-ir*, lo que podría sugerir una relación gramatical. La excepción *Haiaur-* (J.15.1) podría intentar asimilarse como finales en *-r*, pero en SM se relacionaría con un final en *-on*. Eso sí, SM es una inscripción extensa y *ean* aparece al final por lo que no estarían en la misma oración.

En la siguiente tabla repasamos las formas con *-ro*, donde no está claro que el segmento mínimo sea *ro* en vez de *ero*, que parece lo más probable. Podría ser una variante o un sufijo o partícula que combina con *e(a)-*.

Tabla 5: Paradigma de BARE 2: formas con *-RO-* (intersecciona con E(A)- y con TE)

	ERO
J.11.1	...±ban ero ba<r>e n<a>ʿkenii
MdC	tilebur ... tileboiir ero bare naʿk <sup>e</sup> [ ] ...
	E(A)RON
MG	uuʿerkar ua[r <b>b</b> ]an ...eron bare na/ʿ]kenta...
(J.11.4)	aiooʿor ...[ ] earon baren naʿkenii / aliś-ne
	TE (E)RO
J.1.1	lokobon-iir-a ... kalte lokona-ne naʿ[-]eMa ...tero bare betasii oonii
J.12.1	iru albusiel naʿkenti Mu±ba tero bare Hata-ne ate
J.18.2	]an te ero bare na[
	cf.
J.18.1	Boti± <u>ean</u> ±akerto±ro <sup>108</sup> ba te bare ba naʿkenti

<sup>108</sup> Lectura de los *MLH*, pero no parece descartable *i* con lo que tendríamos otro caso de *ioba*.

Salvo que consideremos que en J.18.2 haya 3 partículas *te e ro* lo más sencillo es suponer que el segmento es *ero*<sup>109</sup>. La misma impresión de unidad da la variante *earon* con *-n* final como pasa con *e-n* y con *ea-n*, pero, como hemos comentado, existe la posibilidad de que esta *n* sea en realidad el inicio de un dígrafo dentro de *nbare*. La cuestión es que justamente en J.11.4 además de la *n* de *earon* tenemos otra adicional en *baren* claramente no digráfica.

No se observan correlaciones significativas. Aunque da la impresión de que las formas sin *te* previa eluden el final *-ti* de *naŕkenti*, la evidencia es demasiado reducida.

Respecto a las formas con *te*, éstas muestran escasa variabilidad.

Tabla 6: Paradigma de BARE 3: formas con TE- (intersecciona con -RO-)

	TE (¿incluye formas t(e)- e?)
J.1.3	... te bare naŕkeii
J.7.8	...te b <sup>a</sup> ere naŕken e...
J.16.1	uursaar uarban te bar[e] ba naŕkenti
J.18.1	boti±ean±akerto±ro ba te bare ba naŕkenti
VdA	...]b <sup>a</sup> te bare na[
	cf.
J.23.1	betisai±te e baren-ti iru / arkuiel naŕrke* <sub>i</sub> * / uś-nee
	TE (E)RO
J.1.1	lokobon-iir-a .... kalte-lokona-ne naŕ[-]eMa ...tero bare betasii oonii
J.12.1	iru albusiel naŕkenti Mu±ba tero bare Hata-ne ate
J.18.2	]an te ero bare na[

<sup>109</sup> Dudoso sería contraargumentar J.18.1, donde *toro* recuerda a *tero*, pero no se encuentra en lugar equivalente y la segmentación sería arbitraria.

Parece significativo que *te* no coincida con *ea* ante *bare* y que tampoco con finales en *n* móvil en la fórmula<sup>110</sup>. No es imposible que la grafía nos oculte que alguno de los casos de *te* sean en realidad casos de *te* ante la partícula *e*, pero, dado J.18.2, parece que hay que entender que la grafía *tero* se esconde *te ero*. En J.23.1 podemos tener un caso de *te e*, como interpreta Untermann, pero es poco claro, en especial porque es un ejemplo muy singular de *baren*. Dado el caso de *earon* (tabla 5, J.11.4) es planteable que la *e* de *ero* sea la misma de *ea*.

Finalmente, aunque casi siempre o siempre, coinciden con *te*, las subvariantes con *ba* merecen su propio cuadro.

Tabla 7: Paradigma de BARE 4: formas singulares con BA

J.16.1	uursaar uarban te bar[e] ba nařkenti
J.16.3	... e]ro bare ba nařk[e]nti
J.18.1	Boti±ean±akerto±ro±ba te bare ba nařkenti
	Probable en
J.12.1	iru albusiel nařkenti Mu±ba tero bare Hata-ne ate
VdA	...]b <sup>a</sup> te bare na[
	cf.
SM	Bastekuřoion u-ne ... nařkeba / eanbara
J.1.2	kobelibon-a [-]kikuoir-a uarban tirtos-ne ba nařrkeni

En los tres casos claros es fácil comprobar lo comentado de que cuando *ba* aparece entre *bare* y *nařken-* éste acaba en *-ti*. En J.12.1 el equivalente sería con el primer *ba* de J.18.1 y ambos de segmentación algo especulativa, pero también coincide con *-ti*. En SM se identifica *ba*, pero tras *nařke*, por lo que no es seguro que sea el mismo elemento. De serlo, sería un caso con *nařke-n*. Finalmente añadido J.1.2 porque, aunque es uno de los extraordinarios casos sin *bare*, sí se encuentra un *ba* y con un final *-ni*.

<sup>110</sup> Dada la preferencia de *ea* por *ir* es interesante observar que el único caso claro en que *te* coincide con *ir* es en J.1.1 y que ahí lo hace a gran distancia.

### 5. La sección formular final *naʀken*

Si hasta hace 30 años se solía considerar que *naʀ* y *kenti* (y variantes) eran dos palabras diferentes para pasar a preferirse que eran una única palabra<sup>111</sup>; posiblemente pueda irse más allá y que la palabra sea sólo *naʀke(n)*.

Las nuevas inscripciones aparecidas y el fracaso de los intentos de interpretación según el esquema indoeuropeo ponen en tela de juicio la idea de que tenemos un verbo con una alternancia de desinencias. Si con Schmoll<sup>112</sup> se pasó de considerar *ken* un adverbio (tipo ‘aquí’) a un verbo precisamente a causa de la variedad de finales, ésta resulta ya sospechosamente excesiva para un verbo. Los datos justifican como mínimo un replanteamiento.

Dos consideraciones previas. Primera, no consideraremos significativas las variantes *naʀketi* y *naʀkeii*. Al ser *hápx* pueden considerarse, o bien errores donde se ha olvidado la *n* o en el segundo caso la primera *i* sea error por *n*; o bien se relacionen con el tema de la *n* móvil<sup>113</sup>. Diferimos también las formas con *r* adicional de J.1.2 *naʀrkeni* y J.23.1, posiblemente *naʀrkenii*, que muy posiblemente son simples variaciones gráficas o fonéticas, pero no morfológicas.

La segunda es que, dado el testimonio de J.52.1 y de los dibujos conservados de J.53.1, puede sospecharse la existencia de una variante dialectal sevillana. En J.52.1 se lee *]ir-ea-b<sup>a</sup>re-la[* donde todos los elementos tienen buenos paralelos salvo *la* que se encuentra justo donde esperaríamos *naʀʀken*. A ello se suma en que en J.53.1 los mejores dibujos muestran un *-lakenti-*.

Respecto a J.52.1 De Hoz<sup>114</sup> indica que hay trazos muy ligeros del rasgo que faltaría en *l* para ser *n*, planteando que puede ser que se hiciera un esquema previo de las letras, pero que luego el lapicida olvidara ese trazo. Aunque no es un tipo de error fácil, no es imposible. Por su parte, los dibujos de inscripciones antiguas a veces incluyen errores o despistes groseros y no puede descartarse que en J.53.1 en realidad pusiese *nakenti* o incluso *naʀkenti*, pero la proximidad geográfica entre ambas procedencias y la *l* clara de J.52.1 plantean la posibilidad de que se trate de una variante dialectal de la zona<sup>115</sup>. Las variaciones entre *l* y *n* no son raras en las lenguas del mundo<sup>116</sup>.

<sup>111</sup> Como indica De Hoz (*Historia Lingüística* I, p. 390 n. 501) indicando como punto de inflexión mi tesis de licenciatura inédita: Jesús Rodríguez Ramos, *Análisis de Epigrafía Sudlúsitana* (Univ. de Barcelona, Dpto. Preh<sup>a</sup> e Historia Antigua 1992).

<sup>112</sup> Schmoll, *Die sudlúsitanischen*, pp. 42-43)

<sup>113</sup> Caso en el que el paralelo *barēii* tendría la misma explicación.

<sup>114</sup> De Hoz, *Historia Lingüística* I, p. 390, n 489)

<sup>115</sup> De hecho, considerar *laken* variante de *naʀken* permite una interesante comparación con el final de J.12.4 *ba lakin\*i* donde con las lecturas más verosímiles del signo desconocido podría se *lakinbi*, *lakinti* o incluso *lakinyi*.

<sup>116</sup> Por citar un ejemplo conocido del mundo clásico: el paso de Panormo a Palermo. Aunque no es necesariamente el mismo proceso ni necesariamente en el mismo sentido, tendríamos también una ‘r’ implosiva y una posible asimilación regresiva.

Expuestas ya las consideraciones previas, indicaremos que las variantes conocidas *nařkeni* y *nařkenii* / *nařkeni* no necesitan presentación, testimoniándose cada una en una decena de casos. También son bien conocidas las variantes *nařkenai* (J.7.1 y 55.1) y *nařkenbi* (J.19.2), pero menos atención han recibido los casos en que no habría ninguna desinencia o esta es discutible.

Tabla 8: Casos posibles de *nařken* sin «desinencia»

J.1.1	-nař[k]e-Makiři...	nařke o řřnařken / nařken-a??
J.7.5	]nařken #	nařken
J.7.8	... te b <sup>a</sup> ere nařken eMuntur ...	nařken o řřnařken-e??
J.14.1	... e bare nařken #	nařken
J.15.1	... ea ba<r>e nařk[e]n #	nařken
J.16.2	]řkekeoio*[	na]řke o řřřnařkeke???
SM	... nařke-ba / ean-bara #	nařke o řnařke(n)-ba?
CF	]nařkeuu [	nařke o řřřnařke(n)-uu???
MG	... eron-bare-na/[ř]ken-tabeano...	nařken o řřnařken-ta??
MH	... nřken ([ )	řřn[a]řken #??

Como se ve, hay varios casos por cuya posición final segmentamos claramente *nařken* (J.7.5, J.14.1 y J.15.1), a los que quizás pueda añadirse MH, puesto que parece ser también el final. Luego tenemos una serie de casos *nařken* o *nařke* cuya segmentación más obvia es que no tienen desinencia, salvo en SM donde por la reducida extensión es muy plausible que tengamos un *nařke-ba*, pero, dado que conocemos una «partícula» *ba*, podría tratarse de dos palabras.

De estos de segmentación no evidente (es decir que estrictamente por lo que sabemos debiéramos segmentar *nařke-n* aislado, pero que, en atención a lo que no sabemos, es lícito evaluar si tenemos más «desinencias») tenemos:

J.1.1 *nařke-* (J.1.1) donde, de acuerdo con lo explicado, es planteable (pero incierto) que el signo siguiente sea una corrección y tengamos *nařkena*;

J.7.8, donde debe preferirse segmentar *nařken*, pero segmentar *nařkene* es una opción interesante;

SM: cuyas opciones son *na̅rke* o *na̅rke-ba*

CF: donde es muy verosímil *na̅rke*.

MG: cuya duda está en si *na̅rken* o *na̅rken-ta*.

En lo que respecta a los finales absolutos en *na̅rken* se suele considerar que serían abreviaturas de la forma más extensa<sup>117</sup>, pero esto es muy discutible. Parte de considerar seguro que las formas tipo *na̅rkenii* o *na̅rkenti* son una única palabra; pero hay un número importante de ejemplos, tanto finales como mediales sin las «terminaciones» esperadas; y ¿realmente tiene sentido ahorrar dos signos haciendo una abreviatura de seis?<sup>118</sup> La hipótesis por defecto preferible es que *na̅rken* final es una palabra entera.

De los casos mediales me he esforzado en mostrar alternativas de segmentación con «desinencia», pero esta es tan variada que lo más verosímil es que, por lo menos la mayoría, sean formas sin desinencia. Es decir, una palabra *na̅rke(n)*- notándose o no la *n* final.

De todas formas, una comparación adicional es interesante. Dejando de lado las posibles segmentaciones *na̅rken-e* y *na̅rke(n)-uu* especulativamente comparables con *na̅rken-ii*, si partimos de los dos casos conocidos de *na̅rkenai* y su aparente alternancia *a/i* con *na̅rkenii*, podría especularse con el siguiente paradigma:

Tabla 9: Modelo hipotético de una posible alternancia vocálica

<i>na̅rkenii</i>	<i>na̅rkenai</i>	<i>na̅rkena</i> (J.1.1)
<i>na̅rkenti</i>		<i>na̅rkenta</i> (MG)
<i>na̅rkenbi</i>		<i>na̅rke(n)ba</i> (SM)

<sup>117</sup> Es cierto que Untermann (*MLH* IV, § 534) identifica *na̅rke*, *bare* y *baren* como formas nominales del verbo que «nur mi Inneren von Texten vorkommen, an deren Ende eine der übrigen Formen» ... «stehen, die sich dadurch als finite Verben in der für eine archaische indogermanische Sprache charakteristischen Endstellung auszuweisen scheinen». Pero esto no nos soluciona los casos finales de *narken* sin desinencia (en los comentarios en J.7.5 y J.14.1 no indica nada al respecto y, en este modelo, o es paralelo a *baren*, o es *-n* en *na̅rken* una desinencia verbal; hay cierta contradicción) y es una propuesta que sólo tiene sentido desde la aceptación de una interpretación indoeuropea, que es la que impone la premisa de que es una única palabra y que las partes variables son desinencias verbales. Creo que es pronto para hacer depender el análisis interno de una filiación lingüística cuando ésta es puramente conjetural. Se corre el peligro de la argumentación circular.

<sup>118</sup> Ilustrativo es el caso de J.14.1 donde el espacio previsto para la inscripción se acaba tras *na̅rke* pero fuera de la cartela hacia el interior se añade un único signo *n*. Si *na̅rken* es una abreviatura ¿por qué no haberlo dejado en *na̅rke*?, ¿por qué añadir sólo un signo una vez que se ha decidido empezar una línea nueva?

En todo caso la evidencia objetiva apunta a que *naʀken* existe como palabra independiente, lo que abre la puerta a considerar que sus «desinencias» sean en realidad otras palabras. Es cierto que podríamos intentar reducir el número de finales considerando que varios sean variantes: *naʀkenii* puede ser monoptongación de *naʀkenai* o entenderse como una evolución a /nn/ de un grupo consonántico /nd/ que apareciera como *naʀkenti*; e incluso la forma *naʀkenbi* podría ser una notación para un final en ‘emi’ que en grafía usual se anotara -ni pero se pronunciaran ambos igual<sup>119</sup>. El problema de este planteamiento radica en que, aunque por separado puedan intentarse conexiones de este tipo, en conjunto parecen mutuamente excluyentes. Además, la posible digrafía *nb* por ‘m’ alternaría con *b*, no con *n*.

En cambio, plantear que *naʀken* es una palabra y que la presunta desinencia, cuando la hay, es otra, tiene múltiples ventajas. Por un lado, nos libera de la hipótesis verbal. El que en diversas inscripciones sólo haya lugar para un antropónimo implica un verbo de valencia 1, estativo o intransitivo, que, en cambio, cuando la inscripción es más compleja queda extrañamente descolgado de su sujeto.

A su vez un verbo de valencia 1 tiene menos posibilidades de variación morfológica en estas inscripciones, de modo que si para un verbo de más valencias (tipo transitivo o superior) ya es difícil justificar tanta variedad, resulta menos creíble todavía para uno de una. No pretendo con ello decir que la interpretación verbal de *naʀken* deba descartarse, sino que hay buenos motivos para no darle la preferencia que se le ha venido dando y para no considerar que lo que le sigue sea parte de la morfología verbal<sup>120</sup>.

Por otro lado, un criterio fundamental. Lo indicado en el apartado 1, que la fórmula en estas inscripciones breves ha de tener un significado idéntico o muy similar, que no se hacían para mostrarnos todo su paradigma morfológico y que, por tanto, la diversidad de finales observada resulta excesiva. El recurso a interpretaciones dialectales es posible, pero con tantas variantes resulta forzado y hay un riesgo de hipótesis circular. No es la hipótesis más simple ni la más evidente.

Es más fácil justificar la variedad si entendemos que lo que sigue a *naʀken* no es parte de su morfología, sino términos autónomos. La combinatoria que permite, suponiendo p. ej., *naʀken* como ‘tumba’ o ‘monumento’ junto con un microelemento sin (y esto es clave) variar fundamentalmente el significado, es

<sup>119</sup> Una alternativa digna de consideración, dado que en algunas variantes parece que *b<sup>i</sup>* tuvo otra forma (véase Rodríguez Ramos, «De nuevo», p. 142) y que la normal tuvo otros usos (J.10.1), es entender que en algún caso se esté usando para marcar una especie de /y/. Esto permitiría comparar el final de *aʀtabobir* (¿*aʀtaboiiir*?) con el de *uarboiir* y la variante formular *hápax naʀkenbi* con la normal *naʀkenii*. Naturalmente, otra variante de la misma comparación es suponer un fenómeno diacrónico con caída de la *b* (*naʀkenbi* > *naʀkenii*).

<sup>120</sup> Matizo este aspecto respecto a que no considero imposible elaborar un modelo en que *naʀken* sea un verbo y las distintas «partículas» no tengan que ver son su morfología verbal, pero ciertamente es más fácil suponiendo que no es un verbo.

amplia: ‘esto (es)’, ‘yo (soy)’, ‘he aquí’, ‘soy’, ‘es’ o una partícula copulativa o de tópico equivalente<sup>121</sup>.

Es un modelo coherente y verosímil con múltiples paralelos en inscripciones funerarias breves con un solo antropónimo. También se entenderían mejor los casos de *naʀken* final o medial sin aparente «desinencia», pues se trataría de un sustantivo solo e incluso podría ponerse en relación con los finales en *-n* de *uarban*, *baren* o *ean*, en el sentido de que sería una concordancia, un final (de tema o de desinencia) de nombres, adjetivos y pronombres<sup>122</sup>.

Naturalmente el que sea un modelo verosímil no implica que sea «la solución», sino una hipótesis relativamente mejor. Restan cuestiones como el excesivo número de segmentos acabados en *-n* (recordemos que diversos antropónimos terminarían en *-on*), la innecesaria heterogeneidad formular que implica o qué interpretación daríamos a los segmentos con el final *-ne*.

#### 6. Los términos acabados en *ne*

Los finales en *-ne*<sup>123</sup> merecen un comentario. Es cierto que no siempre pueden segmentarse con seguridad, pero en diversos casos sí y es tan frecuente que probablemente su identificación sea correcta en la mayoría.

Los rasgos más llamativos de la serie<sup>124</sup> son: una gran heterogeneidad, repitiéndose una vez en una misma necrópolis (*saru-ne* Cerro dos Enforcados), pero probablemente<sup>125</sup> también en dos distantes (*bunba-ne* Pego y Gavião); que el término sufijado puede ser muy breve (lo que dificulta su segmentación); que no

<sup>121</sup> Cf. las interpretaciones sugeridas como verosímiles en Rodríguez Ramos («La lengua sudlusitana», p. 101) para *ooʀir naʀkenbi*: ‘aquí está Ooʀir’; ‘yo soy/éste es el jefe Ooʀir’, ‘yo soy/ésta es la tumba de Ooʀir’. Lo indicado de «la aparente ausencia de marca de genitivo» se solventaría al menos en este caso si consideramos que lo es *ir*.

<sup>122</sup> Esto valdría, sobre todo, y con reservas, para *uarban* y *baren*, puesto que el tema de la *n* de *ean*, *en* y *earon* es complejo. Por otra parte, a fin de evitar interpretaciones demasiado fáciles, hay que indicar que si *-on* es un final de antropónimos, esta *-n* no debe considerarse automáticamente una marca de acusativo. Cuando los finales consonánticos de una lengua son limitados un fonema básico como /n/ se usa tanto en morfología verbal como en nominal. Lo raro es que su uso con múltiples funciones apareciera justo en el escaso texto de estas inscripciones, pero un caso similar lo tendríamos en griego con *-v* tanto en formas verbales de tercera y primera persona como en acusativo, por lo que dista de ser inverosímil.

<sup>123</sup> Untermann, *MLH* IV, § 523; Rodríguez Ramos, «La lengua sudlusitana», § 3.4.2.

<sup>124</sup> J.1.1 *lokona-ne* o *na-ne* o *a-ne*; J.1.2 *tirtos-ne*; J.4.1 *asu-ne* o *su-ne* y quizás *ebur<sup>\*</sup>-ne*; J.10.1 *leoi-ne*; J.11.4 *ališ-ne*; J.12.1 *Hata-ne* (?); J.22.1 y 2 *saru-ne*; J.23.1 *uś-nee*; J.55.1 *tau-ne* o *eertau-ne* y *liʀnie-ne*; SM *u-ne* (?); a los que quizás haya que sumar *Jaakaʀ-ne* (J.7.2; dudoso por seguirle *r*) y lo que de confirmarse sería la otra repetición, los casos de *bunba-ne* de J.19.1 y J.26.1 (donde como el segmento es *ʃtarnebunbane* podríamos tener dos casos).

<sup>125</sup> La comparación depende de considerar un signo anómalo de J.26.1 como un error



presenta los finales típicos de los antropónimos y rara vez tiene un aspecto similar; que excepcionalmente pueden aparecer dos en una misma inscripción; y lo que quizás es más extraordinario, que, pese a que suele estar cerca de un antropónimo en dos casos aparece no sólo a la máxima distancia (como aparente final absoluto) sino en posición central destacada (J.11.4 y J.23.1).

En un estudio previo<sup>126</sup> he planteado dos posibles interpretaciones: una referencia a una unidad familiar o política; o un teónimo en dativo. La posición destacada de dos casos es lo que más apoya la interpretación como teónimo; pero resulta complicado explicar la baja tasa de repeticiones (excesivo politeísmo).

A la inversa, la posición destacada es lo que peor encaja con un nombre de familia, puesto que hay que suponer que en dos inscripciones resultó algo tan crucial que se destacó como identificativo principal del monumento. A favor, la repetición de *saru-ne* en Cerro dos Enforcados. Tampoco esperaríamos tan gran variedad, pero sí que es cierto que si había pequeños grupos familiares que podían alternarse en las jefaturas que merecían estela (recordemos que muchas «monarquías» antiguas eran electivas), esto justificaría que en un mismo yacimiento puedan aparecer términos diferentes o dos en una inscripción.

Naturalmente, más explicable resultaría la variedad si entendiéramos que *-ne* es un sufijo patronímico, pero esta opción también tiene un coste. Habría que explicar la diferencia entre sus lexemas y los antropónimos iniciales: definitivamente *ir* sería una marca de caso y en la unión al sufijo se perderían tanto la *-r* final como la *o* de *on*. Examinando los casos, la diferencia con los antropónimos parece excesiva. De ahí que parezca mejor un nombre de familia o de clan o similar.

En todo caso, entenderlo como un nombre de familia, parte de la estructura onomástica, permite plantear a partir de lo que hemos venido comentando una interpretación tan aparente, que para no confundir al lector debo antes recordarle que, aunque podría ser correcta, en la actualidad es puramente especulativa.

---

donde el lapicida se da cuenta de que está repitiendo el signo *b<sup>u</sup>* y lo abandona a medio hacer para colocar la *u* correcta (Rodríguez Ramos, «La lectura», p. 40, S-304).

<sup>126</sup> Rodríguez Ramos, «La lengua sudlusitana», p. 99.

Tabla 10: Posible interpretación especulativa de las inscripciones con *naʀkenai*

	Primera línea		Segunda línea		
J.55.1	aokolion-eer	tau-ne	tarielnon	lirnie-ne	naʀken ai
	N.P.+ Dat/Gen	Nombre de Familia	N.P.	Nombre de Familia	
J.7.1	aʀtabob-ir	naʀken ai	aʀtanabolon		
	N.P. + Dat/Gen		N.P.		

Destaca el hecho, por poco común, de que sendas inscripciones se dispongan en dos líneas inconexas, como en dos secciones. Tendríamos en este caso la mención de un dedicado y un dedicante, siendo, pues inscripciones de valencia dos, en lugar de la normal de uno. El contraste apoyaría entender *ir* como marca de caso y *eer* como una variante de este. En la primera, cada antropónimo tendría su propio elemento *-ne*, lo que, de ser un nombre de familia, indicaría que no son de la misma familia. Algo extraño, pero no menos que las alternativas y que podría indicar que el dedicante legitima su acceso a la jefatura (quizás como rey electo, pero de otra familia) haciendo la ceremonia de su predecesor<sup>127</sup>. Por el contrario, en el segundo caso, la semejanza de los nombres concordaría con una relación familiar tipo padre-hijo.

Pero lo llamativo es que son estos precisamente los dos únicos casos conocidos de la variación *naʀkenai*. Es lícito plantearse si ésta se relaciona con la presencia de un dedicante. Esto puede entenderse tanto desde la interpretación verbal (el final *ai* incrementa la valencia de un verbo intransitivo) como desde la nominal (el final *ai* lo marca como acusativo)<sup>128</sup>. Aunque es un planteamiento prometedor, habrá que esperar a que aparezcan más casos de *naʀken ai*.

<sup>127</sup> Cotéjese p. ej. lo que indica Diodoro (XXII, 9) de que el rey gálata Brenno moribundo aconseja a quién han de nombrar su sucesor (τοῖς Γαλάταις, συμβουλευσας αὐτοῖς ... βασιλέα δὲ καταστήσαι Κιχώριον) y que es éste el que se encarga del rito funerario de su antecesor (Κιχώριος δὲ τοῦτον θάψας).

<sup>128</sup> En la morfología verbal hay numerosos casos de derivaciones transitivadoras o que implican la actuación de una persona adicional, pero igualmente válida sería compararlo con pasar de ‘está enterrado’ a ‘ha enterrado’. En la nominal, el acusativo indicaría una acción, de forma similar a pasar de ‘stela de fulano’ a ‘stelam (posuit)’.

### Conclusiones

El análisis del contenido de las inscripciones tartesias sigue presentando muchas incertidumbres, por lo que, más que de datos concretos seguros, debemos fijarnos en estructuras abstractas identificables y sus relaciones como criterio sobre el que evaluar las hipótesis.

En la actualidad se vislumbran algunas posibilidades cuyo principal interés es que permiten orientar el estudio de futuros hallazgos. Como hemos indicado, es muy posible que *ir* sea un sufijo que marque el caso, quizás como genitivo o benefactivo del antropónimo. Más complejo es *ne*, puesto que los datos son sospechosamente contradictorios, pero una interpretación interesante es que sufije al nombre de un grupo familiar.

Hemos remarcado también el que las inscripciones típicas son univalentes, es decir, que su significado sólo tiene un personaje indicado. Esto es compatible tanto con una construcción intransitiva (tipo HSE, o incluso X *posuit* sin dedicado), como con una en que el sujeto es el monumento (estela de X).

También se ha argumentado que, contrariamente a la *communis opinio* actual, el segmento *ea* no ha de ser considerado un sufijo del antropónimo, sino que se relaciona con el entorno de *bare*, que puede aparecer como *ean* y que muy probablemente es equivalente al *e/en* que también suele preceder a *bare*.

Por otra parte, hemos señalado tanto que probablemente *naʀken* es una palabra entera de la que hay que separar sus presuntas desinencias, como que no hay que dar por sentado que se trate de un verbo. La interpretación de que *naʀken* y *bare(n)* sean nombres tiene ventajas y el matiz verbal o un sentido de predicado copulativo equivalente (tipo *id, ea, ego, est, sum, hoc, hic, ecce*, etc.) podría recaer en lo que hasta ahora se han venido considerando sus sufijos (*ii, ti, ai, bi*). En todo caso, su aparente concordancia en finales es más fácil de explicar en inscripciones breves si ambos son sustantivos que como verbos<sup>129</sup>.

De estas mismas variaciones hemos señalado también que, aunque las dos principales, *naʀkenii* y *naʀkenti*, tienen en conjunto una frecuencia similar, existen unas marcadas preferencias regionales, de modo que, de no ser por la gran frecuencia que tiene *naʀkenti* en la zona de Ourique, *naʀkenii* sería claramente la forma predominante.

Finalmente, por lo sorprendente, merece destacarse la detección de indicios que plantean la posible existencia de una variante dialectal de *naʀken* que sería *laken-ti* (J.53.1 y J.52.1) y quizás incluso el *lakin-\*i* de J.12.4.

---

<sup>129</sup> Como verbo lo más obvio sería una secuencia de acciones, pero el que puedan aparecer en orden inverso o separados, es poco congruente con dicha suposición. Asimismo, el que inscripciones supuestamente funerarias se limiten a un antropónimo seguido de dos verbos (más algún microelemento) no es precisamente lo más habitual.

*Abreviaturas*

- KAI *Kanaanäische und Aramäische Inschriften*; última edición Herbert Donner & Wolfgang Röllig, *Kanaanäische und Aramäische Inschriften. Band 1, 5. erweiterte und überarbeitete Auflage.*(Wiesbaden: Harrassowitz 2002).
- MLH *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (véase nota 4)